



LA QUINTA DE PEÑALBILLA.

Descripcion de una colonia agrícola que hace á sus nietos el abuelo.

PRÓLOGO.

Hijos míos: muchas veces habeis pasado conmigo largas temporadas en nuestra Quinta de Peñalbilla, y en ella habeis gozado dias muy felices, y yo tambien he sido dichoso viéndoos correr por aquellos campos, repartir vuestros juguetes y aún vuestra merienda entre los niños de los labradores de la aldea, acudir con ellos á casa del buen párroco á que os diera medallas y os enseñara la doctrina cristiana, con la cual aquel celoso pastor alienta y fortifica á los excelentes colonos de nuestra aldea. Tambien yo os he enseñado allí muchas cosas relativas á las ciencias, á las artes, á la industria y á la agricultura; pero nunca os he contado la historia de aquel pedacito de tierra que forma todo el encanto de mi vida, y en el que deseo terminar mis dias, para que mis huesos reposen al lado de las personas á quienes he amado, y sea

mi sepulcro regado con las piadosas lágrimas de los seres inocentes que morarán á su alrededor, y todos los dias elevarán al cielo fervorosas oraciones, por mi eterno descanso.

La blancura de mis cabellos, las arrugas de mi frente y la frialdad que se va apoderando de mis miembros, dan claro indicio de que el Criador me llama á su seno, y ántes que me separe de vosotros quiero contaros cómo nació este pueblecito que tanto amais, y con ello os daré tal vez la última leccion, que debeis aprovechar porque es de un hombre que está próximo á entrar en el país de la verdad. Yo soy el único que resta de los personajes que en ella intervienen. Y debo deciros que aunque he llorado la muerte de todos ellos, nunca, sin embargo, he perdido la tranquilidad; lo primero por ser un temerario el hombre que no se conforma con las disposiciones del Altísimo, y lo segundo porque á todos los he visto

morir tranquilos, como quien cambiaba una vida de penas por otra de felicidades, como creo que la gozan, segun en este mundo fué justa y arreglada la conducta de todos ellos.

En esta relacion, hijos mios, vereis lo que vale la buena amistad, y el proceder pundonoroso, y la buena educacion, y el amor al trabajo. Aquí encontrareis muchos ejemplos que imitar y sábias máximas, con arreglo á las cuales os aconsejo que procedais siempre si quereis que os acompañe por do quiera la seguridad, y que por todas partes os sigan las bendiciones de vuestros semejantes. ¿Quereis saber el secreto resorte que ha hecho nacer y vivir tan floreciente nuestro pueblecito? Pues nada tiene de secreto. Es lisa y llanamente el respeto á la religion y el amor al trabajo. Los dos fundadores, ayudados por un celoso é ilustrado sacerdote, procuramos infundir en nuestros hijos y dependientes un profundo convencimiento religioso, con el cual hemos logrado todo lo demás. Desconfiad, hijos mios, de los pueblos que no tienen religion, porque quitando á los hombres el freno de la conciencia que ella sola les impone, ya no se puede contar con ellos, son como un volcan en actividad, que por más que no dé señales de vida, hay que estar siempre dispuestos á ver salir de su cráter la desolacion de cuanto le rodea.

Capítulo I.

Hace muchos años que el día 30 de Mayo á las doce del día me encontraba en Madrid en una fonda de las que entónces pasaban por más elegantes y bien servidas, en compañía de unos cuantos amigos. En medio de la

mayor alegría estábamos celebrando mi cumpleaños con un regular almuerzo. Ya iba éste de remate, y uno de los comensales, que tenía un si es no es de poeta, y era gran improvisador, estaba con la copa en la mano recitando sin mucho esfuerzo un romance á la salud de la persona de mi mayor cariño, cuando se acercó mi asistente con una carta dirigida á mi nombre, y la palabra «urgente» por encabezamiento del sobre. La emocion que la simple vista del sobre me produjo debió ser muy grande, porque todos los convidados á una voz me dijeron: ¿Hay novedad? Es de Juan, les dije por única respuesta, y me puse á leerla. No podia ser más concisa.

«Peñalbilla 29 de Mayo.

Querido: Felicidades. Recoge los encargos de la adjunta lista. Saldrás esta noche en el tren de las nueve. Mañana nos abrazaremos.

JUAN.»

Señores, dije tendiendo las manos á mis amigos, el programa de nuestra fiesta queda interrumpido por unos dias. Un deber imperioso me llama fuera de Madrid, y parto esta misma noche. Hasta la vuelta.

Despues de cordiales ofertas y agradecimientos por una y otra parte me separé de tan amable compañía para poner en ejecucion cuanto la carta me ordenaba. Tal suerte tuve, que á las cuatro de la tarde remitía á la estacion del ferro-carril del Mediodía la última caja de encargos, habia arreglado todos mis asuntos, y tomaba el camino de mi casa.

Hasta entónces no habia pensado más que en obedecer las órdenes de Juan. ¿Qué mayor gusto para mí que servirle

en algo? Hacía catorce años que nos habíamos separado, y en este tiempo no había vuelto á saber de él. Así es que obedeciéndole me parecia que le resucitaba, y de tal modo me hallaba absorto en las compras que para él hacía, que ni aún le había consagrado un recuerdo. Pero cuando desocupado de todo me dirigia á mi casa á hacer los preparativos de viaje, naturalmente me vino su imagen á la imaginación. ¿Qué habrá sido de él en tantos años? ¿Estará enfermo? ¿Habrá venido á ménos? ¿Habrá salido adelante con sus planes? ¿Para qué querrá estos objetos entre los que figuran instrumentos de ciencias, herramientas de agricultura y artes, numerosos libros de no sé cuántas materias?

Sin poder desechar estas ideas, y sin poder penetrar el misterio que encerraba el llamamiento de mi amigo, llegué á mi casa, arreglé mi maleta, y me senté á comer. A las ocho y media un coche de plaza me condujo á la estación, donde despues de facturar todas las cajas, y dar las consiguientes propinas, entré en el andén, y me dirigí á tomar un asiento. Estaba con el pié en el estribo cuando sentí una palmadita sobre el hombro y oí que me decían:

—Vaya Vd. con Dios. Los que salen de Madrid con misiones desconocidas no se despiden de nadie.

—Pero...

—Sí, señor; sí, señor; con una misión desconocida.

—Pero...

—No lo puede Vd. negar. Eso ya le valdrá un gradito por lo ménos. Y luego las consideraciones que naturalmente lleva consigo.

—Permítame Vd...

—Lo he leído en *La Correspondencia*. Sí, señor. Aquí lo tiene Vd. en letras de molde,—y me señalaba un suelto del periódico de las noticias oficiosas.

Tomé el periódico en la mano, y decia exactamente de esta manera: *Esta noche en el tren de las nueve saldrá por la línea de Malpartida el comandante D. Ricardo Nidar con una misión desconocida.*

—Amigo mio,—dije á mi interlocutor,—Vd. tendrá la bondad de creerme. *La Correspondencia*, por esta vez sólo, se ha equivocado en lo de la misión desconocida.

—Lo creo, querido, lo creo. Ni era mi ánimo meterme en averiguaciones. Pero yo me puse hace un momento á leer las noticias, y al tropezar con esa salí inmediatamente á buscar á usted para tener el gusto de saludarle, y decirle al mismo tiempo que voy con toda mi familia en aquel reservado, donde nos tiene Vd. á su disposición.

—Muchas gracias. Póngame usted á sus órdenes mientras no tengo el honor de pasar á saludarla.

En esto sonó la señal de marcha, y nos despedimos con un apretón de manos. Tan preocupado iba yo, que no me fijé siquiera en las personas que iban en el coche, ni casi oía lo que hablaban en toda la noche. Meditando sobre este viaje algun tiempo despues, me pareció haber entendido que eran de Extremadura, y quiero recordar que iban hablando de la tierra que atravesábamos. Tengo una idea vaga de haberles oído decir que toda aquella parte de las provincias de Madrid y Toledo es muy fértil; que se dan en ella con mucha abundancia los cereales; que es país ligeramente accidentado, de modo que sin haber en él grandes montañas

LAS ESPECIAS.

I.

Fernando VI, rey de España, tuvo siempre un carácter dulce y melancólico: uno de sus mayores placeres, cuando era niño, era dar largos paseos solitarios, distraccion que prefería á las mayores pompas y á las funciones más vistosas y espléndidas de la corte.

Un verano que se hallaba en uno de los sitios reales salió á paseo por el campo con su ayo y dos ó tres criados: era el mes de Junio, y la tarde, que estaba serena, empezó á cambiar de repente: el cielo se cubrió de nubes y empezaron á caer algunas gotas, que pocos minutos despues se convirtieron en lluvia torrencial.

Muy léjos se hallaban del real palacio el príncipe y su reducido séquito; pero á lo léjos se veía una columna de azulado humo que salía, á no dudar, de alguna chimenea.

—¡Ah, señor!—dijo el ayo del príncipe.—¡V. A. no ha querido tomar nada de la colacion que se le ha preparado, y ahora tiene que andar aún un gran trecho hasta aquella pobre cabaña de pastores, que nos dará abrigo!

—No importa, — contestó el príncipe;—aunque no puedo ven-

cer esta inapetencia que me aqueja, aún tengo fuerzas; y hoy acaso hubiera comido algo del pastel que habeis preparado, á no ser porque le faltan las especias.

—El médico dice, señor, que las especias hacen daño á V. A.

—Pues sin ellas no puedo comer.

—¿Por qué no prueba V. A. á tomar algun otro de los platos que traemos en ese cesto?

Y el leal servidor señaló á un lacayo que conducía un enorme cesto con tapas.

—No, no tengo apetito ninguno; y como llueve tanto, lo mejor es que lleguemos para abrigarnos á aquella cabaña.

II.

Al entrar en la casita del guardabosque, el príncipe hubo de bajar la cabeza para pasar por la puerta: se entraba desde luego en un aposento bastante grande, pero cuyas paredes estaban construidas con tierra y ramas de árboles: allí, en una cama grande, dormían tres niños, y los padres reposaban en otro aposento inmediato.

—Madre, queremos cenar, — dijo el mayor de los muchachos, que tenía diez años.

—Vamos, hijo mio, sentaos á la



mesa, y estos señores perdonarán si os sirvo tan pobre cena en su presencia.

Dicho esto, puso en el centro de la mesa una gran cazuela de sopas, en las que se veía algún pedacito de tocino.

El príncipe y sus compañeros miraban con placer cómo los tres muchachos comían la humeante sopa, pues era grande el placer con que la saboreaban.

—¿Cómo es posible, — preguntó el joven príncipe á la madre, — que se pueda comer con tan buen apetito un plato tan ordinario? Y ¿cómo es posible, buena mujer, que con semejante alimento tengan sus hijos de Vd. las mejillas tan frescas como las rosas?

—Señor, — respondió la mujer del guardabosque; — esto consiste en que me sirvo de tres clases de especias para sazonar nuestra pobre comida: en primer lugar, te-

nemos que ganarla trabajando; después, no doy á mis hijos ni siquiera un pedacito de pan de una comida á otra, á fin de que á las horas de sentarse á la mesa coman bien; y por último, les he acostumbrado á que se contenten con lo que les sirvo, guardándome muy bien de darles á conocer ninguna golosina.

—¡Maravillosas especias! — exclamó el príncipe, — ¡mil veces más sanas y mejores que á las que á mí me gustan! ¡Dad á esos niños mi merienda para que se regalen una vez en su vida!

—Perdon, señor, — dijo la madre, — yo rehuso para mis hijos tan peligroso don; su pobreza no les permitiría probar ya nunca más tan ricos manjares, y los echarían de ménos. Pues que Dios les hizo nacer pobres, que guarden el dichoso apetito del pobre, que es la mayor de las venturas.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

ACTUALIDADES.

Al presente número acompaña el pliego 11 de la *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*.

La piadosa *Sociedad protectora de los Niños*, cuya consulta médico-alopática, establecida en la calle de Claudio Coello, 32, bajo la dirección del Sr. Lozano, tantos beneficios viene reportando, ha establecido otra hemeopática, que dirige el Dr. Busto, en la calle de Trujillos, 2, bajo. No contenta la Sociedad con lo ya hecho,

dispone el establecimiento de otras dos consultas en distintos barrios de Madrid. ¡Bien merece el apoyo y la protección de todas las clases sociales!

Los niños Rafael Pérez y Rafael Gisbert han obtenido grandes aplausos en el teatro de Alcoy, tocando el primero la guitarra y el segundo el violín. Son dos verdaderas esperanzas para el arte.

Pocas son las novedades dramáticas de que podemos hoy dar noticia á nuestros lectores.

En el Español ha continuado representándose *La hija del aire* con éxito creciente. Bien merece el celoso empresario y admirador del gran poeta del siglo xvii el favor que el público le dispensa.

En la Comedia, en tanto que se prepara el estreno de las obras nuevas *La posada de Lucas* y *Cariños que matan*, ha vuelto á representarse, con igual aplauso que en su estreno, *El guardian de la casa*, preciosa comedia de Ceferino Palencia.

En Novedades logran grandes triunfos la bella y valerosa gimnasta Miss Zarah, la señorita Casado (llamada á figurar en primer término en mayor escena) y la compañía lírico-dramática que toma parte en sus representaciones.

En Variedades se ha estrenado una linda revista, *Luces y sombras*, letra de los habituales proveedores de aquel coliseo y música de los Sres. Chueca y Valverde, juguetona y alegre como toda la que producen ambos maestros.

En Eslava reina la mayor actividad, y se han sucedido diferentes estrenos, no

todos victoriosos. En la actualidad se hacen preparativos de obras de mayor alcance.

*
**

Leemos en los periódicos de Barcelona:

«INVENTOS NOTABLES.—Tenemos la satisfacción de hacer público que dentro de algunos días se procederá á la justificación de la puesta en práctica de unos inventos notables, importantísimos por los nuevos principios en que están fundados y por la necesidad de su aplicación al levantamiento, aforo y medición rigurosamente matemática de las aguas, que tanto se necesita hoy día.

»Los inventores, Sres. D. Francisco de P. Isaura, conocido fabricante de metales, García Corbera y Barrufet, tienen garantida la explotación exclusiva de su descubrimiento por las correspondientes patentes de invención en España, Francia, Bélgica, Inglaterra, Alemania, Italia, Austria, Estados-Unidos y otras naciones, en algunas de las cuales se ha fijado seriamente la atención sobre estos trabajos.

»Esperamos minuciosos detalles para darlos á conocer á nuestros lectores.»



Un alcalde de Aragón,
Que nombrar no es necesario,
Mandó en Mayo con pregon
Celebrar el Centenario
De don Pedro Calderon.

—A la antigua vestiremos,
El buen alcalde decía.
—Y ya vestidos ¿qué haremos?
—Pues, nos emborracharemos...
Como cualquier otro día.